

Sol Iannaci

Una última
luna



Sol Iannaci

Una última
luna



Ianacci, Sol

Una última luna / Sol Ianacci. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.

216 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7651-6

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. I. Título.
CDD A863.9283

© 2022, María Sol Iannaci

Diseño de cubierta: Lucía Cornejo

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: mayo de 2022

4.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7651-6

Impreso en Gráfica Triñanes,
Charlone 971, Avellaneda, Pcia. de Buenos Aires,
en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

CAPÍTULO I

LUNA NEGRA



20:00

Son las ocho de la noche del día 14 de febrero del 2021 y tengo que contestar un mensaje importante que me acaba de llegar. ¿Importante? No, no. ¿Indignante? ¿Inesperado? Cuántos adjetivos con «i» que podría usar para definirlo, todos con diferentes significados. ¡Igual que el mensaje cada vez que lo vuelvo a leer! Apenas lo recibí, me quedé inmóvil por unos minutos, parada al lado de la cama, todavía desnuda, con el toallón que usé para secar mi cuerpo en la cabeza.

¿Cómo alguien puede destruir una noche con tanta velocidad? Ya ni siquiera recuerdo cuáles eran mis planes minutos atrás, antes de leer semejante crueldad. O cuáles eran mis planes años atrás, antes de conocer al responsable de semejante acto de desprecio. A veces desearía no haberlo conocido nunca. El mensaje avanza a toda velocidad,

penetrando en cada parte de mi cuerpo, y mente, y alma, traspasando paredes, atravesando barreras, calando cada vez más hondo. Y yo permanezco quieta, más quieta que nunca, mientras te observo por el ventanal de mi cuarto.

Desde que soy muy chica encuentro en vos calma, contención, certezas. Y esos son solo los sustantivos que empiezan con «c», la letra que ilustra perfectamente la forma que tenés de vez en cuando.

A veces pienso que estás ahí para mí.

Es tonto, ya lo sé. Pero más tontos son los que te culpan de todas sus desgracias. ¿Están mal? Sos vos. ¿Destruyen todo lo que tocan? Sos vos. ¿Tienen un mal día? Sos vos. Yo, en cambio, elijo creer que a veces decidís mostrarte para que me sienta menos sola y, otras veces, como esta noche, te encuentro y no todo me parece tan insalvable. Por alguna razón que desconozco, transmitís esa energía insoslayable. No me importa que todos puedan tenerte y tampoco creo que para dos personas signifiquen lo mismo. Hay quienes ni siquiera reparan en tu presencia.

Estamos solas y vos estás lo más redonda y amarilla que podés estar, aunque confieso que me gustás en forma de C, cuando no todos se detienen a intentar fotografiarte y fracasar en el intento. Hoy solo tengo el coraje de implorarte una última luna, por si no sobrevivo a esta noche. De pedirte que no te vayas, que no te cubran las nubes. De anhelar un último anochecer con vos. Estoy en silencio desde que recibí el mensaje, hace ya media hora. Quizás este sea mi final.

Me costó comprenderlo, y no porque sea demasiado complejo ni porque yo fuese tonta. Tan solo porque uno

no está preparado para asimilar cualquier clase de noticia en cualquier momento. Cuando pensé que tal vez podía moverme, me senté en la cama con reflejos automatizados, lentos, apoyando el celular al costado de mi cuerpo con la delicadeza de quien tiene miedo de hundir demasiado el colchón y despertar a alguien. Tal vez, a mi angustia. Tragué saliva, como si junto a ella pudiera tragar el mensaje; pero no pude. Lo que no logré deglutir se aferró con uñas y dientes a mi garganta y cuerdas vocales, y ahora podría jurar que si intentara hablar me quebraría. Eso no era tan malo hasta hace apenas un rato. Es decir, vivo sola, ¿a quién le hablaría?

El silencio se interrumpió cuando escuché un ruido al otro extremo de la cama y, cuando giré la cabeza, vi a mi gato trepado a las cortinas que compré hace una semana. Me vi obligada a lanzar un grito que, en vez de salir con la potencia que había calculado, se ahogó en el camino, y pareció un alarido de dolor, con la voz rasposa, quebrada, finita. Un pedido de ayuda a una línea de emergencias que hace mucho nadie contesta. Un hilo de voz que me hizo sentir vergüenza y pensar que, si tan solo Jazi fuese humano, se hubiera reído de mi intento de reto. Solo que al ser un gato, no solo logré que bajara; se asustó como si no hubiera sido la voz de su humana. Mis gritos ya los reconoce. Jacinto es problemático y mis gritos son caricias, no le interesan. Se acostumbró tanto a escucharlos que no los registra. Con este alarido que solté, se horrorizó de forma tal que se cayó de la cortina y por poco no se cae la cortina con él. Me miró con los ojos amarillos, profundos, como si un monstruo viviera dentro mío y él lo estuviera observando.

Por unos segundos se quedó petrificado, con todo su cuerpito en estado de alerta y los pelos grises parados. Después salió corriendo hacia la cocina, no sin antes llevarse puestos mis tacos y el cable de la notebook.

Este tiempo que pasó no estuve nada bien. No sé si es necesario aclararlo. Todo lo que pasó por mi mente hasta ahora lo deja en evidencia.

A veces creo que los pensamientos negativos son peligrosos porque se reproducen. Hay un par, pero como son pocos no hacés nada. Y si te dejás estar por mucho tiempo, se apoderan de todo el lugar y ya ni siquiera te dejan espacio para respirar. Excepto que ahora puedo respirar. No solo puedo hacerlo, sino que pareciera que están claras una cantidad infinita de cosas que antes no lo estaban.

Hace mucho que estoy sola. Diría soltera, pero la palabra correcta es sola. No salgo con nadie, no hablo con nadie, no pienso en nadie. En medio de eso, bueno, volvió Fernando, y yo lo recibí como quien atraviesa una inmensa crisis. Todo lo que pasa en el naufragio no es más que un acto de supervivencia. No es nada, salvo nuestro propio cuerpo luchando por aferrarse a la vida, tratando de encontrar esperanza en algo, en lo que sea. Incluso en cosas que son dañinas para nosotros, pero que momentáneamente nos mantienen vivos, y eso es mucho más de lo que uno espera cuando está naufragando.

¿No te aferrarías a cualquier objeto que te pudiera ofrecer estabilidad si estuvieras ahogándote en medio del océano? Por ejemplo, a un ancla. Estoy divagando. Cuando te estás ahogando, doy fe de que el cuerpo mismo intenta sobrevivir a toda costa. Fernando fue mi ancla. Si tan solo

no estuviese pasando un momento tan espantoso, hubiera tenido tiempo de ser racional. Aferrarme a ella solo lograría que su peso me arrastre todavía más hondo.

Hace bastante que busco esperanzarme otra vez porque, si la esperanza es lo último que se pierde, ¿es que ya no tengo nada que perder? ¿Es siquiera posible estar vivos si no tenemos nada que cuidar que sea propenso a extrañarse? Me hubiese gustado que, antes de esta tragedia, cada carta que le escribí y jamás envié lo alcanzaran. Quizás entonces, Fernando no hubiese sentido el impulso de destruirme usando solamente 180 caracteres. ¿Será consciente de que 180 caracteres le bastan para terminar con un corazón que tuvo el coraje de convertirlo en su única pulsión?

Escribe Gabriel García Márquez que el término *morirse de amor* es en sí mismo una licencia poética. Y que, si uno puede morir de amor por alguien, también puede hacerlo al encontrarse solo; viejo y solo. Si es así, como pude comprobar estos meses, al ver que Fernando volvía, consideré que quizás el dolor valía la literatura. Y lo recibí como si yo estuviera en el naufragio, como si yo fuera el naufragio. Tan perdida, tan destruída, tan inmersa en mi propia miseria, que no veía al pasado como algo tan malo. ¡Al menos ahí había esperanza! Había tantas cosas, en realidad. Temo que todo lo bueno esté situado en retrospectiva, y que siempre deje mis mejores días detrás.

Que no se malinterprete, aunque a veces ni yo logro descifrar mis palabras correctamente, mi crisis tiene una razón, y no es precisamente mi soledad. Pero esa soledad tampoco es tan solo un detalle más de todo lo que me está sucediendo actualmente. Es lo que habita en todas las

demás cosas. Mi soledad acrecienta cada una de mis penas. Hace que padecerlas sea aún más dificultoso, porque tengo que hacerlo sola. De vez en cuando siento que mi sombra no me abandonó de casualidad. Y vos me mirás, todas las noches... ¿Sabrás cuántas veces me salvaste? No quiero sonar cliché, solo sincera. Hoy estás llena, pero no pienso culparte de nada de lo que me está pasando. No voy a usarte a mi favor, ni voy a excusarme por mis desgracias. Me gusta verte tan amarilla, y hasta me dejás ver tu rostro. Pareciera que me sonreís. Ojalá nadie te robara horas, ojalá pudiéramos apreciarte cuando todo se pinta de celeste, porque jamás me gustó el sol. Algunos dicen que no tenés luz, yo digo que reflejar la luz ajena es suficiente. Al menos hoy, para mí, que estoy tan apagada, eso alcanzaría. Hay que saber sostener tu rol, eh; sin embargo, jamás defraudás.

No voy a decir que una caricia puede salvarnos. ¡No voy a decirlo porque ya todos deberíamos saberlo! Una caricia puede salvarnos porque lo contrario, es decir, no recibirla, puede destruirnos. Es mentira que cuando tocamos fondo solo queda subir. Pero es cierto que cuando tocamos fondo una caricia puede ayudarnos, al menos, a parar de cavar.

Hace dos semanas me hice la promesa de que voy a tomar menos alcohol, pero todo lo que necesito ahora mismo es una copa de vino. Tal vez con una copa de tinto sabría qué contestar. Estoy entumecida.

Desde que Jazi se fue corriendo de su propia dueña tengo miedo. ¿Qué fue ese aullido de agonía que salió, no solo de mi boca, sino que atravesó mi cuerpo? Dios mío, Fernando. ¿Es que no podías ayudarme, al menos, a dejar de cavar? Vos me mirás desde arriba tan despreocupado,

tan ajeno a todos estos sentimientos que me dejaste sintiendo sola. Vos siempre te creíste la luna de mi pequeño planeta. Y sé que todas estas problemáticas existen solo dentro de mi cabeza. ¡Pero es que mi cabeza no es poco! En realidad es lo único que tengo. Y yo, que alguna vez te susurré al oído que me dabas paz, hoy tengo que admitir que me dejaste parada en medio de un ring. Y estoy sin guantes recibiendo golpes por debajo de la cintura, aunque está prohibido en boxeo. Desprotegida, desconcertada, porque yo nunca quise participar.

Es probable que ya jamás pueda hablar como antes, como la que hablaba antes de recibir ese mensaje. No puedo permitirle a Fernando que me lastime tantas veces, pero ahora me lastimó de una manera tan diferente, tan correcta, tan precisa. Tal vez porque sabía el lugar exacto en donde clavar el cuchillo. Temo que si lo saco ahora, pueda morir desangrada, entonces lo dejo ahí, lo uso de corcho, como si fuera un reloj que está cronometrando lo que me queda de vida. El cuchillo sigue clavado y mientras tanto la sangre no encuentra por dónde salir. ¿Cuántas películas vi sobre este tema? No sé nada de primeros auxilios, pero el cine me enseñó que no debemos sacar lo que sea que esté clavado hasta que no sepamos cómo detener la hemorragia. Pienso que cuando lo saque la sangre va a salir a borbotones, y me río de mis incoherencias. Curiosas las cosas en las que uno piensa cuando se está muriendo.

¡Excepto que no me estoy muriendo! En apenas cinco días es mi cumpleaños. Nadie más que yo puede darle los medicamentos a Jacinto para que siga destruyendo cortinas por mucho más tiempo. ¡Me dijeron que con su falla car-

día ca viviría meses y lo tengo a mi lado hace años! No me quiero morir ahora, pero siento el cuerpo helado y recuerdo que estoy viviendo una crisis que enfrasca a un millón de otras ínfimas crisis. Eso es, una mamushka de crisis. Estoy viviendo tantas crisis que ya no sé cuál sufro cuando sufro. Y tengo que recordarlas todas, una por una. Y tengo que tocarlas como si palpara moretones, a ver cuál duele cuando duele. Todas empiezan y terminan en mí.

Hoy duele Fernando. Mi error fue pensar que Fernando era el manotazo de ahogado, la razón por la cual iba a sobrevivir a flote un tiempo más. Y como siempre, quizás como desde el día en el que nuestras miradas se cruzaron por primera vez, él es la razón por la cual me ahogo. No sé si fui consciente de eso hasta que me encontré sola en el medio de este océano. Yo sigo naufragando en aguas heladas, tratando de mantenerme viva, mientras te observo en el cielo, tan radiante, y sigo tu rastro para volver a casa. Y Fernando ya está en tierra firme desde hace mucho tiempo. ¡Él, como Rose, se quedó con la única tabla que había! Lo puedo imaginar diciéndome: *Feliz San Valentín, ésta es mi sorpresa*. Lo puedo escuchar riéndose a carcajadas de mí.

20:24

Va a ser una noche larga, pero no quiero que lo sea. Quiero que ese mensaje no exista. Quiero llamarlo y pedirle que lo borre, implorárselo de rodillas. Sería capaz de arrodillarme en arroz hasta sangrar si eso me diera tan

solo alguna chance de darle pena. ¿Cuándo fue que todo se desmoronó de esta manera con Fernando? ¡Me adormece no lograr registrar el momento en que sucedió! Estoy demasiado aturdida como para recordar algo de todo lo que pasó. Tocamos fondo, Fernando. Porque antes quería generarte cariño, ternura, y ahora me conformo con darte pena. Tocamos fondo, aunque solo yo sea consciente de lo bajo que llegamos. O aunque solo a mí me importe, en realidad.

Mañana debería ir a trabajar. Si falto me van a echar y es lo último que necesito, porque mi trabajo es lo único que tiene sentido en mi vida. Si tan solo pudiera dormirme ahora... Pero jamás me dormí temprano. No puedo intentar hacerlo justo hoy, que mi cabeza parece una obra en construcción. Los pensamientos se precipitan y llegan a tanta velocidad que no alcanzo a procesarlos todos. Ahora entiendo cuando mi mamá viene al departamento y se queja de lo rápido que se van los subtítulos de la serie que vemos juntas. Y yo revoleo los ojos, pensando que no está haciendo el mínimo esfuerzo en intentar leer. Excepto que sí lo hace, porque yo lo hago ahora.

Eso haría. Llamaría a mi mamá y le pediría perdón. Le diría que ahora comprendo lo que es que las palabras aparezcan y se desvanezcan, aparezcan y se desvanezcan, aparezcan y se desvanezcan... Solo veo letras, sombras de significados, luces que no llegan a ser luces. Estoy empezando a pensar que no dicen nada. Letras y letras que no conforman palabras, pero que me recuerdan que la escritura sigue estando, y que tal vez es lo único de lo que siempre debí aferrarme.

Tal vez si me hubiese abrazado a la escritura no sentiría

que me estoy ahogando. No voy a llamar a mamá. No quiero volver a escuchar ese alarido inhumano que salió de mi garganta. Esa no soy yo, jamás voy a serlo. Si algún día recupero la capacidad del habla, quiero que el sonido que salga de mi garganta se parezca a mi voz. Era linda mi voz. Además, no quiero que mi mamá se preocupe. Y tampoco quiero que lo subestime. Temo que si le cuento lo que sucedió no le de tanta importancia. Tengo pánico de que me diga: «No sé quién sos ni dónde está Cala, porque esa no es la voz de mi hija. Pero lo que me estás contando Cala ya lo sabía, ¿por qué la sorprende?».

Y yo le diría que no me sorprende. Lo que me sorprende es que no me sorprenda. Porque si le abrí las puertas a Fernando sabiendo que me iba a volver a lastimar, ¿entonces sucede que no hay nada mejor que eso del otro lado? El futuro antes me aterraba, pero ahora ni siquiera me aterra, porque ya no lo veo. Adelante mío solo hay una mancha. Temo caminar y que jamás se disipe, o que, al contrario, me absorba. ¿Y si entro en esa neblina y ya no puedo salir con vida? ¿Y si las oportunidades que desperdicié son las únicas que se me iban a presentar pero las dejé derretirse como si fueran un hielo? ¿Y si mi futuro es tan o más absurdo que mi presente?

Son las 20:38. Cómo pasa el tiempo cuando uno piensa tonterías por temor a pararse y que le baje la presión. Además, estoy bien en donde estoy. Aferrada al celular caliente, sentada al borde de mi cama, desnuda y temblando por los espasmos que el frío causa en mi cuerpo, aunque hace calor. O hacía, antes del mensaje. Ahora es invierno otra vez. Me agota cuando vuelve a ser invierno tan de re-

pende. Este es un buen lugar para morir. Si me encuentran así algún día, las pruebas contra Fernando van a estar en mi mano. Y si jamás borra el mensaje, lo van a acusar de asesinato. Sería un buen motivo por el cual abandonar este mundo. ¿Cuánto tiempo tengo que permanecer así hasta morir de hambre? Y a Fernando entonces lo denunciarían por abandono de persona. Graciosas las idioteces en las que una piensa cuando está triste.

Tendría que empezar a explicar algo de lo que sucedió. Tendría que contarte a vos, mi fiel compañera en todas estas eternas horas de insomnio y soledad, por qué razón esta noche es pésima y por qué motivo hace tantas jornadas laborales que llegás a tu puesto para encontrarme decaída.

Hola, soy Cala. Y me acaban de arruinar la noche. Entonces finjo que vos sos una persona, como yo, pero que está allá arriba. Y finjo que, aunque desde ahí nos ves a todos, encontrás alguna particularidad en mí, porque ¡alguien tiene que encontrarla! Después de tantos hombres, y de tantas veces que me convencí de que el problema, si es que había tal cosa, era que no había en mí nada que los emocionara por quedarse, nada que me volviera especial... Me hace bien jugar a que vos sí ves mi particularidad. A que vos sí entendes todo lo que me hace ser Cala, es decir, esta Cala, y no todas las demás Calas que habitan en tu mundo, ni en ningún otro universo. Realmente espero que esta sea la última luna que paso tan triste. Ojalá me pueda dormir pronto, pero siento que hace años que no duermo y que, aún así, hoy tampoco voy a poder hacerlo. El estómago se me cerró como si hubiera visto a una cucaracha corriendo por mi plato.